

January 2011

## La ecoética ante la crisis del ser humano actual

José Arlés Gómez Arévalo

*Universidad de La Salle, Bogotá, jagomez@unisalle.edu.co*

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

---

### Citación recomendada

Gómez Arévalo, J. A. (2011). La ecoética ante la crisis del ser humano actual. Revista de la Universidad de La Salle, (54), 133-148.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact [ciencia@lasalle.edu.co](mailto:ciencia@lasalle.edu.co).

# La ecoética ante la crisis del ser humano actual

José Arlés Gómez Arévalo\*

## ■ Resumen

Este artículo es fruto de la segunda etapa del proyecto denominado "Hombre-naturaleza", que se desarrolló en el marco del grupo investigativo Ciencia-Espiritualidad. Dicho grupo, desde sus fundamentos epistemológicos, indaga por los posibles nexos entre algunas epistemologías emergentes de Occidente y los grandes metarrelatos del lejano Oriente. En este resultado final de segunda fase de investigación, se coloca en confrontación la ecoética, ciencia emergente, frente a la problemática ecológico-espiritual del hombre contemporáneo.

**Palabras clave:** ecoética, cosmos, naturaleza, crisis, espiritualidad.

---

\* Docente del Programa de Licenciatura en Educación Religiosa de La Universidad La Salle, Bogotá. Doctor en Teología, Magíster en Filosofía Latinoamericana, Especialista en Educación Sexual, Especialista en Educación y Filosofía Colombiana, Licenciado en Teología. Actualmente concluye un Posdoctorado en Narrativa y Ciencia. Director del grupo Ciencia-Espiritualidad y autor de varios artículos y libros sobre epistemologías emergentes, espiritualidad y teología. Correo electrónico: jagomez@unisalle.edu.co

*Nos consideramos superiores a la naturaleza,  
la desdeñamos, utilizándola según nuestra más fútil  
fantasía: he ahí el drama de nuestro tiempo.*

Lynn White

## Introducción

Los actuales acontecimientos acaecidos en el Lejano Oriente que colocan sobre el tapete la creciente preocupación por el inadecuado manejo de la energía nuclear,<sup>1</sup> por la falta de toma de conciencia planetaria frente a los desastres naturales y por el caos económico-político<sup>2</sup> que podría ocasionarse sin que el ser humano pueda evitarlo unívocamente, hacen pensar seriamente en el “mismo” papel actual y protagónico que recobra la ecoética<sup>3</sup> en interrelación con dos principios fundamentales: el biocentrismo y la ecodependencia. El biocentrismo subraya la inserción del ser humano en el orden natural, y el segundo afirma la interconexión energética y espiritual del ser humano con todo el cosmos, tal como se explica en la física moderna con la teoría del holograma,<sup>4</sup> descubierta por Dennis Gabor y Gerard Hooft, y profundizada por el físico Karl Pribram.<sup>5</sup>

---

<sup>1</sup> Después de la catástrofe de Chernobyl en 1986, la cual giró en torno a un diseño de reactor nuclear que, según los expertos, no hubiera sido permitido en Occidente, acaece el drama de Fukushima (Japón) en marzo del 2011, el cual nos señala que la seguridad nuclear ya no es una responsabilidad de una sola nación, sino que, por el contrario, es responsabilidad de todas las naciones del mundo.

<sup>2</sup> A todas las graves consecuencias medioambientales, en gran medida irreversibles, debe sumarse toda una serie de políticas económicas gubernamentales que privilegian la ejecución de megaproyectos como las centrales nucleares, en detrimento del medio ambiente; esto indica que las políticas de “desarrollo” no son políticas que privilegien modelos ambientales sostenibles, sino que pertenecen al viejo paradigma de dominación de la naturaleza por parte del hombre.

<sup>3</sup> La palabra *ecoética* deriva del griego y significa etimológicamente ética de la casa (*oikos* es casa), de la vivienda de todos, vivientes y no vivientes. El término *ecología* significa, consiguientemente, ciencia de la casa, del medio ambiente, o ciencia global de las relaciones del organismo con el mundo que le rodea. Fue definida por primera vez por Ernst Haeckel.

<sup>4</sup> La teoría de la holografía esencialmente afirma que el conjunto o “todo” contiene las características de cada parte, y cada parte de este “todo” contiene las características esenciales del mismo “todo”. Modernamente fue desarrollada por Dennis Gabor, un físico húngaro, en 1947. Su teoría fue originalmente destinada a aumentar el poder de resolución de los microscopios electrónicos. Gabor probó su teoría no con un haz de electrones, sino con un haz de luz.

<sup>5</sup> Karl Pribram afirma que en los planteamientos del holograma, el ejemplo más claro es el cerebro que puede acceder a un estado de conciencia que se adhiere al orden primario, en el cual es posible instaurar una relación auténtica con los todos los demás seres y discurrir en la categoría de “individuo” una comunidad de “individuos” a través de una comunicación dialógica. Este diálogo dialéctico “yo-tú” funda la reciprocidad de los sujetos que hablan en términos de la misma lógica de identidad, que les permite una relación armónica, pacífica, sin contradicciones, paradojas, azares ni ambigüedades.

Por otra parte, se plantea el papel de la ecoética en estos momentos históricos: es clave ya que trata de aplicar principios ético-morales a la acción del hombre respecto a la naturaleza. En esta disciplina, que forma parte de la denominada *filosofía práctica o ética*, se estudian los principios y las normas, los valores y los fines, las intenciones y las decisiones que permiten vertebrar una relación adecuada, armónica y ordenada entre persona y naturaleza. Juan Pablo II, en las denominadas *encíclicas sociales*, la *Centéssimus Annus* (1991) en los números 37-38 y en la *Sollicitudo Rei Sociales* (1987) en el número 26, tocaba el tema del respeto a la naturaleza, que demanda la urgencia de una ecología humana, la misma que puede contribuir con la comprensión no solo del problema de la tierra, sino también del problema del hombre como don de Dios, y la necesaria reflexión sobre una "ecología social". El progreso de la técnica y el desarrollo de la naturaleza, según el mismo papa, conllevan a un cultivo racional y equilibrado de la dimensión ética: esta crisis ecológica es un problema también moral. Por ello, la ecología está exigiendo la ecoética como reflexión sobre la "casa" del hombre (*oikos*) y su interacción con el hombre y el universo entero.

## Punto de partida

En ninguna otra etapa de la historia de la civilización humana se había visto con tanto dramatismo y claridad el impacto que tienen las decisiones del ser humano sobre el tema de la naturaleza, incluso desde el concepto de *desarrollo*, que ha ocasionado el desconcierto y el caos medioambiental.<sup>6</sup> Desde la ecoética, esta perspectiva hace pensar que el ser humano no es solo un producto de la naturaleza, sino un factor que la determina y la transforma a partir de sus acciones. Un ejemplo claro se puede percibir en el tema del manejo del calentamiento global<sup>7</sup> y las decisiones en pro y en contra que las grandes potencias

<sup>6</sup> Las maniobras del hombre, originadas por el afán de conseguir diversos fines, provocan secuelas colaterales sobre la naturaleza. Mientras los efectos perseguidos suelen ser positivos, al menos para quienes promueven la actuación, los efectos secundarios pueden ser negativos. En el caso de los conflictos bélicos, las naciones y sus gobernantes no han dimensionado los impactos humanitarios, ambientales y económicos que están generando dichas confrontaciones armadas, en forma inmediata y a largo plazo. Las guerras recientes no solo han generado mayor cantidad de víctimas civiles, sino, además, crecientes e irreversibles impactos ambientales.

<sup>7</sup> Se entiende por *calentamiento global* el aumento de la temperatura media vital del planeta (15 °C) producto de la emisión de gases de efecto invernadero (GEI), debidos al consumo energético humano basado en combustibles fósiles (petróleo-gasolinas, carbón, madera), productores a su vez de altas concentraciones de dióxido de carbono. Los estudios científicos respectivos han determinado que a tal aumento de la temperatura se deben fenómenos atmosféricos como "la Niña" y "el Niño", por el calentamiento o enfriamiento excesivo y cambio en la dirección de las aguas del océano Pacífico frente a Suramérica, por su interacción con los vientos Alisios.

han tomado frente a la emisión de aerosoles y la extracción y refinamiento de hidrocarburos en la tierra. Concretamente, la crisis ambiental de hoy obliga al ser humano a reexaminar sus valores y decisiones, pues este es contemplado como sujeto natural que es corresponsable del estado del medio ambiente en todas sus manifestaciones (López, 1997: 13).

Por otra parte, el desarrollo de muchas propuestas éticas desde la modernidad ha sido en términos generales, basado en una visión antropocéntrica del cosmos. Ya en las últimas décadas, después de la hecatombe de Hiroshima y Nagasaki, merced al incremento paulatino de una “conciencia planetaria” o a una “conciencia ambiental”, además, gracias al desarrollo de ciencias emergentes como la bioética y la ecoteología, las ciencias, el mundo de la academia, las ONG y muchos grupos llamados *ecologistas* han desencadenado toda una reflexión sobre el tema de la ecoética y las inevitables consecuencias que tiene esta en los ámbitos económico, político, social y religioso para el ser humano.

En la Carta Mundial de la Naturaleza firmada por las Naciones Unidas, se mencionan, entre los propósitos fundamentales para el mantenimiento de la seguridad y la paz entre las naciones, la necesidad de guiarse por un código de acción moral, que garantice el equilibrio entre el hombre y la naturaleza:

La civilización tiene sus raíces en la naturaleza, que moldeó la cultura humana e influyó en todas las obras artísticas y científicas, y de que la vida en armonía con la naturaleza ofrece al hombre posibilidades óptimas para desarrollar su capacidad creativa, descansar y ocupar su tiempo libre [...] por ende toda forma de vida es única y merece ser respetada, cualquiera que sea su utilidad para el hombre, y con el fin de reconocer a los demás seres vivos su valor intrínseco, el hombre ha de guiarse por un código de acción moral (ONU, 2003: 12).

Dicho “código moral”, propuesto por las Naciones Unidas, nos hace pensar que desde sus acciones, el hombre contemporáneo ha alterado el estado “natural” del cosmos, estableciendo un mundo diferente y también constituyéndose a sí mismo como ajeno a la naturaleza, siendo que en su esencia es un “ser natural”. Desde esta perspectiva, ha faltado reflexionar sobre el ser humano no como algo fijo y estático en el conjunto de la naturaleza y de la historia, sino

como una realidad dinámica que debe integrarse armónicamente al “todo” que lo constituye (Torralba, 2011).

Ante esta crisis ecoética, tanto la ciencia como la teología deben apostarle al diálogo. Según John Polkinghorne, en su obra *Ciencia y teología*: “[...] ambas tienen algo que decirse la una a la otra acerca de aquellos fenómenos en los que están interesadas. Ejemplos obvios de estas situaciones fronterizas son la historia del universo, el comienzo de la vida, la naturaleza de la persona humana y la relación entre mente y cuerpo” (Polkinghorne, 2000: 39).

Desde esta perspectiva, se plantea la urgente necesidad de integrar el discurso ético a las problemáticas inherentes a la ecología. Una postura sustentada largamente es la denominada *ética biocéntrica*, que fundamenta el discurso ético en el valor de la vida. Esta corriente encuentra su antecesor más remoto en Aldo Leopold (1949), quien pensaba al ser humano como miembro de la “comunidad biótica” del planeta; más adelante, Paul Taylor será el primero en plantear a la comunidad científica el biocentrismo como cimiento para hablar de una ética ecológica, al respecto, afirma Sosa, haciendo referencia a la “comunidad de vida en la Tierra”:

Estructurada como una “*ética-centrada-en-la-vida*” simétrica y alternativa a las “*éticas-centradas-en-lo-humano*”; en su esquema, cuya estructura es deudora de la que utiliza John Rawls para exponer su teoría de la “justicia como imparcialidad”, parte de dos principios: el de la consideración moral, de acuerdo con el cual las cosas vivas merecen el interés y la consideración de todos los agentes morales, simplemente en virtud de ser miembros de la comunidad de vida de la Tierra, el del valor intrínseco, que establece que si un ser es miembro de la comunidad de vida de la Tierra, la realización de su bien (su bienestar) es algo intrínsecamente valioso y, por lo tanto, merece *prima facie* que se le conserve o promueva como un fin en sí mismo. (1992: 864)

Tal como se concibe hoy por hoy, el biocentrismo es una visión donde la vida es lo que importa, donde la vida es el centro, desde luego, se encuentran visiones biocéntricas más radicales y otras más moderadas. La moderada es aquella que le da la importancia a la vida, pero sigue suponiendo una separación en-

tre la naturaleza y el ser humano; la radical, el biocentrismo, prácticamente se convierte en una visión ecocéntrica: la naturaleza es la protagonista, el ser humano hace parte de esta, como cualquier otro ser viviente. El padre Cely afirma al respecto del ecocentrismo: "La vida es un proceso de tipo global, no reductible al valor individual de los organismos singulares, pues la consideración moral, depende más de la comunidades o conjuntos sistémicos que dan soporte vital: ecosistemas, cadenas alimentarias, biosfera, flujos energéticos, etcétera" (2007: 53).

El mismo Cely, en su estudio denominado *Reflexiones para elaborar una ecoética*, hace una aproximación a lo que podría denominarse *ecoética*, desde el principio de beneficencia que excluye del todo el deseo de maleficencia del ser humano frente al cosmos; es más, este principio nos "obliga a leyes ecológicas" para preservar el milagro de la vida en todos sus aspectos:

Por lo tanto, nuestras relaciones con el entorno no solamente deben llevar la clara intencionalidad del principio de no-maleficencia, como ética mínima surgida del temor ante la pérdida de nuestra calidad de vida por el deterioro ambiental, sino que nos obligan las leyes ecológicas de la reciprocidad y de la interdependencia a obrar en el mismo vector de la naturaleza, que tiene inscrito en su ser el principio de beneficencia. Ella es buena por sí misma, se expresa obrando el bien y en esto radica su belleza. Su obra magna es el genial invento de la vida, coronado con el insuperable milagro de la gestación de la conciencia (Cely, 2005: 4).

Cabe aclarar que, según Cely, en la reflexión ecoética se debe pensar en los ecosistemas como unidades en "equilibrio-desequilibrio homeostático", de tal manera que lejos de asumir una actitud de soberbia, el ser humano debe reconocer los macrodesórdenes éticos que ha causado debido a la explosión demográfica, la mala distribución espacial de la población que propicia el urbanismo exagerado, con su contradictoria cultura de megalópolis, la industrialización desaforada, el armamentismo, la polución ambiental, el mal uso de los recursos naturales y la inadecuada utilización de fuentes energéticas. Tal es el panorama actual que invita al ser humano en el siglo XXI a pensar que, como punto de partida, debe tomar acciones concretas en pro de la preservación de la vida en todas sus manifestaciones.

## **Apostarle a un nuevo *ethos cósmico* dentro de la reflexión ecoética**

Desde varios sistemas éticos, religiosos, políticos y aún económicos, se habla de la necesidad de un nuevo *ethos mundial*; más adelante, se planteará la problemática ecoética, desde la posibilidad de un *ethos cósmico*, como respuesta a las recientes inquietudes surgidas de manera particular desde la física y la astrofísica contemporáneas. El ejemplo más claro en la época actual, ha sido el del pensador y teólogo Hans Kung, quien expresaba tajantemente: "No puede haber convivencia humana sin un *ethos* mundial de las naciones, no puede haber paz entre las naciones sin paz entre las religiones; no puede haber paz entre las religiones sin un diálogo entre las mismas" (1992: 36). Desde luego, este ilustre pensador suizo plantea la cuestión desde el ámbito religioso, sin desligarla de todos los demás ámbitos, pues finalmente se trata de cambiar los viejos paradigmas sociopolíticos, económicos y sociales para dar paso a una cultura de la no violencia y del respeto por toda forma de vida, de la solidaridad y de un ordenamiento económico justo, de tolerancia y de vida auténtica. En últimas, según Kung, se trata de optar por una cultura de la igualdad de derechos y de la cooperación entre todos los seres humanos.

Otro paso importante, en términos ecoéticos, lo da justamente el pensador Peter Singer en su obra *Liberación animal* (1999). Singer desplegó una gran influencia sobre los movimientos y organizaciones que luchan por los derechos de los animales. Este pensador australiano explica la existencia de los derechos animales merced a principios utilitaristas, en particular mediante la aplicación del principio de minimización del sufrimiento; así mismo, acepta que los derechos de los animales no coinciden con los humanos, al respecto escribe: "Sin duda existen diferencias importantes entre los humanos y otros animales, y estas originarán diferencias en los derechos que poseen" (Singer, 1999: 34).

Por su parte, Cavalle propone no solo volver al discurso relacionado con los derechos humanos y animales, sino al tema de la reconciliación interior del hombre consigo mismo y con la totalidad de todo cuanto lo envuelve: se trata de ser consciente de la realidad que lo contiene. Dice Cavallé: "El ser humano no puede situarse fuera de la totalidad de la que forma parte; pero sí tiene una opción frente a la realidad: la de ser conscientemente uno con ella, la de

aceptar que el mundo sea como es, la de reconciliarse con el misterio que lo penetra y lo envuelve, la de rendirse ante el hecho evidente de que todo, sencillamente, es” (Cavallé, 2006: 206).

Para Cely, la naturaleza es el *ethos fundante* que: “[...] concede sentido ético y estético a los seres humanos: participa necesariamente de los ciclos del nacimiento, de la vida, del desarrollo existencial, modela de alguna manera el temperamento y el carácter, contextualiza el sufrimiento y la alegría, y a la hora de la muerte acoge en su seno de nuevo al hijo querido nacido de sus propias entrañas”.

En el plano latinoamericano, es imposible dejar de mencionar la labor del pensador, teólogo y eticista Leonardo Boff, en su obra *Ecología: grito de la tierra, grito de los pobres*, dice: “[...] optar por el planeta Tierra como un todo orgánico, agredido y herido (geocidio), para que pueda continuar existiendo con el valor autónomo y relacional de todos los seres existentes en él” (1996: 240).

Así mismo, en su obra *Ecología, política, teología y mística*, Boff parte de la tesis básica de una visión ecológica que integra al ser humano con toda la naturaleza: “[...] todo se relaciona con todo y en todos los puntos. La babosa del camino tiene que ver con la galaxia más distante, la flor con la gran explosión ocurrida hace billones de años; la descarga de dióxido de carbono de un antiguo colectivo con nuestra Vía Láctea; mi conciencia con las partículas elementales subatómicas” (Cely, 2006: 23).

Lo original en Boff, es la forma como liga la reflexión ecológica con la concepción holística del universo:<sup>8</sup> desde las partículas elementales hasta las galaxias, todas las cosas se encuentran interconectadas a una gran red de energía, tal como lo enunciara el mismo Marcus Chow, célebre autor del *Universo vecino* y defensor de la teoría de los superfilamentos:<sup>9</sup> “Los físicos están aceptando

---

<sup>8</sup> Holismo (del griego *holos* que significa totalidad, término divulgado por el filósofo sudafricano Jan Smutts a partir de 1926) representa el esfuerzo de sorprender el todo en las partes y las partes en el todo. De esta forma, se hace una síntesis que ordena, organiza, regula y finaliza las partes en un todo y cada todo con otro todo aún mayor.

<sup>9</sup> Esta teoría defendida por Brian Greene de la Universidad Cornell y Marcus Chow, fundamentalmente indica que el cosmos entero está formado por una red intrincada y sutil de filamentos extremadamente delgados en constante movimiento de vibración (como las cuerdas de una guitarra) que conducen una energía universal que se arremolina en forma de nodos o “vórtices” en los puntos donde se intersectan, y que estos filamentos son la

cada vez más la idea de que existen infinitas realidades amontonadas como las páginas de un libro sin fin. Por consiguiente existe un número infinito de versiones de nosotros mismos, que viven en un número infinito de vidas distintas en un número infinito de realidades paralelas. En alguna de estas realidades nunca abrimos este libro ni nunca empezamos a leer estas palabras” (Chown, 2005: 42).

La idea de que lo que se conoce como *mundo* se pueda concebir no solo a través de un solo modelo donde la materia ya no es la protagonista, y en donde esta ya no está ligada a leyes que pueden ser conocidas, escritadas, calculadas, y que preceden el funcionamiento del universo, aún suena extraño para muchas personas que siguen ligadas a los antiguos paradigmas. No obstante, en la ecoética, la física cuántica, así como la teoría general de la relatividad y la teoría de los superfilamentos han contribuido a cuestionar la estructura del universo, o como lo diría Roderiko Mendieta, de los “multiversos”, y el papel del ser humano dentro de estos: de una ciencia predictiva con leyes casi estáticas, hemos pasado a una visión paradigmática y compleja, en donde la eventualidad y casi posibilidad de que existan otros universos similares al nuestro, interviniendo en espacios-tiempo como el nuestro pero sin que podamos acceder a estos, nos deja con múltiples cuestionamientos, así como ya ha ocurrido desde hace algunas décadas con temas afines como el de los túneles en el tiempo, los agujeros negros, las supernovas y los quásares. ¿Estaremos apenas vislumbrando la “punta del iceberg” de una nueva reflexión ecoética desde una nueva visión del comportamiento de las partículas elementales a nivel subatómico?, ¿cuál sería en este caso el lugar de la especie humana en el concierto del universo infinito? Estas preguntas y más, apenas nos hacen entrever el enorme valor que está recobrando la ecoética desde una visión más compleja y hologramática del cosmos y de uno de sus viajeros en el espacio-tiempo: el ser humano.

---

tela de la que están formadas todas las cosas que existen, no solamente en la tercera dimensión, sino también en todas las otras dimensiones. Es un concepto revolucionario que gana terreno a enormes pasos y se anuncia como la nueva revolución cosmogónica de la época contemporánea.

## **La ecoética como cuestión no solo de las religiones sino de “despertar la espiritualidad del ser humano” ante la crisis**

En la época actual, profundamente marcada por la crisis del hombre, de la sociedad y de la naturaleza, aún sigue la pregunta por el origen, la esencia y la validez del hecho religioso. Así mismo, el ser humano sigue indagando por el sentido existencial de las creencias, prácticas religiosas y espirituales, ya que se trata de una sociedad globalizada, tecnocratizada y multicultural, que está sometida al vaivén de los cambios económicos, políticos y ambientales, además de estar fracturada por el terrorismo, el consumismo desenfrenado, la contaminación, la guerra, el hambre y la angustia existencial (Gómez, 2006a: 5).

Ante esta situación, en su obra *Cristianismo y ciencia*, John Haught se pregunta: “¿Qué consecuencias acarrearía para la teología tener ante los ojos la historia humana de depredación, enfermedad, dolor, muerte y extinción?” (2009: 149). La teología ya no solamente del cristianismo, sino de las grandes tradiciones espirituales del mundo, estaría invitada a dialogar sobre la ecoética, desde el drama de la naturaleza, totalmente sometida a falsas ideas de “señorío irresponsable por parte del hombre”. Prueba de este nuevo despertar ecoético es el hecho de que el Consejo del Parlamento Mundial de Religiones, reunido en Melbourne (Australia) en 2009, se orientó hacia la reflexión ecológica-ambiental y, de manera particular, sobre el tema del calentamiento global. Se le concedió énfasis al diálogo entre las diferentes religiones mundiales y que han protagonizado grandes movimientos socioculturales en la humanidad: musulmanes, judíos, cristianos, hindúes, budistas. Con respecto a estos últimos, el Dalai Lama, representante del budismo tibetano y premio nobel de la paz, sabiamente decía:

En realidad creo que existe una distinción importante entre religión y espiritualidad. La religión está relacionada con la fe, con las aspiraciones de salvación de un credo religioso u otro [...] la espiritualidad en cambio, me parece algo relacionado con las cualidades del espíritu humano, como son el amor y la compasión, la paciencia, la tolerancia, el perdón, la contención, el sentido de responsabilidad, el sentido de la armonía, etcétera. Que aportan a la felicidad tanto a uno mismo como a los demás. Así como el ritual y la oración, junto con las cuestiones del nirvana y la salvación,

están directamente relacionadas con la fe religiosa, estas cualidades internas no tienen por qué estarlo [...]. Por eso digo, algunas veces, que la religión es algo que podríamos pasar. En cambio, de ninguna manera, podemos prescindir de esas cualidades espirituales básicas (2000: 32).

Estas afirmaciones del Dalai Lama hacen pensar que las frecuentes manifestaciones de intransigencia, violencia, intolerancia y de agresión que en muchas partes del mundo se fomentan en nombre de una determinada religión, se deben cambiar por las “cualidades espirituales básicas” del ser humano: solidaridad, fraternidad, altruismo y compasión hacia todas las creaturas, lo cual puede generar buenos indicios de que se van dejando atrás viejos esquemas de exclusión, para dar paso a la inclusión. Vale la pena comentar que muchos pueblos ancestrales como los aborígenes americanos y africanos, considerados “paganos” por los líderes de grandes religiones, en realidad han sido enormemente espirituales: desde su visión de unión con el cosmos, desde la profundidad de la búsqueda del sentido de la vida y de su respeto y veneración por el universo, aún desde sus creencias en un “más allá”, con enormes similitudes a las respuestas de fe que han sustentado muchas de las grandes religiones, han sabido armonizar “ecoéticamente” sus culturas con la naturaleza que les rodea.

A partir de esta perspectiva y ligando la reflexión al tema de distinción entre religión y espiritualidad, como respuesta a la crisis espiritual del hombre contemporáneo, podemos afirmar que se trata justamente de redescubrir el profundo sentido ecoético que posee el ser humano desde la creciente toma de conciencia de su ser espiritual en unión con toda la naturaleza. Junto con esta creciente necesidad de redescubrir sus fuentes originales, el hombre descubre que su ser solo se entiende en un entramado de relaciones energéticas y espirituales con el universo. Al respecto, el teólogo Ian Barbour apuesta igualmente por un diálogo fecundo que integre a la ciencia con la religión: “Un tipo de integración más sistemática surge cuando la ciencia y la religión contribuyen conjuntamente a hacer posible una visión coherente del mundo elaborada en el contexto de una metafísica global” (2004: 62).

Con respecto a nuestro país, Germán Roberto Mahecha, en su trabajo investigativo sobre *Aproximación a los rasgos de una espiritualidad ecológica*, afirma:

Ante la creciente demanda espiritual que exige el ser humano, incluso más allá del hecho religioso, tiene sentido proponer una espiritualidad ecológica que permita entender por qué es posible adorar a la Tierra, no como expresión de idolatría o de panteísmo sino desde el panenteísmo, esto es, reconociendo la presencia de Dios en todo, lo que lleva a extender el mandamiento del amor a la naturaleza, “porque el contacto con la naturaleza es de por sí profundamente regenerador, así como la contemplación de su esplendor de paz y serenidad” (2010: 44).

Una espiritualidad ecológica, ciertamente es un reto urgente que debe partir de la concepción de la espiritualidad como una condición esencial del ser humano en cada época de la historia, por otro lado, nos hace caer en cuenta de que hay múltiples maneras de concebir el dinamismo espiritual como una rearticulación del ser humano en su dinámica paradójica y compleja con el universo. La intuición profunda de la espiritualidad ligada a la ecología, significa respeto y amor profundo en acción, la penetrante identificación con la compasión hacia la humanidad y hacia todas las creaturas: se trata de redescubrir la belleza de la vida palpitando en la creación y en el cosmos hasta volvernos parte de este. Si logramos una fuerza capaz de canalizar las energías ético-espirituales con el fin de contribuir con la sanación del planeta y del hombre, daremos un primer paso hacia un camino eco-espiritual. La compasión al estilo budista, puede ser un primer paso bastante “saludable” para establecer una nueva visión “del otro y de lo otro” y de su realidad existencial. Se trata de una experiencia profundamente espiritual que está ligada al compromiso, responsabilidad y respeto por todo cuanto rodea al ser humano, incluyendo a su misma especie. Como dice el Dalai Lama, en su libro *El arte de la felicidad*:

La compasión puede definirse como un estado mental que no es violento, no causa daño y no es agresivo. Se trata de una actitud mental basada en el deseo de que los demás se liberen de su sufrimiento, y está asociada con un sentido del compromiso, la responsabilidad y el respeto a los demás. En la definición de compasión, la palabra tibetana *Tse-wa* denota también un estado mental que implica el deseo de cosas buenas para uno mismo. Para desarrollar el sentimiento de compasión, puede empezarse por el deseo de liberarse uno mismo del sufrimiento, para luego cultivarlo, incrementarlo y dirigirlo hacia los demás.

Por último, en este apartado y desde la profundidad que ofrece el pensamiento budista, se podría pensar que en la época contemporánea, lo ecológico y lo espiritual se pueden transformar en una sola experiencia. Desde la sola idea de liberar y liberarse del sufrimiento en estos tiempos, es una manera de contribuir con la “salvación” del planeta y del universo. Si se pierde la noción del amor y la compasión, se pierde el respeto por el medio ambiente, por el concepto de *divinidad* y se pierde la dimensión del otro. Hoy, sanar al planeta y al género humano es una labor espiritual de capital importancia, en términos ecoéticos, se convierte en un imperativo moral.

### **Conclusiones y resultados de la investigación**

Después de este recorrido por la temática de la ecoética y de la visión de la crisis ecológico-espiritual del ser humano actual, se llega a algunas conclusiones parciales que alimentan la reflexión sobre esta ciencia, catalogada como “emergente”. He aquí algunas de dichas conclusiones:

- a. Los problemas ecológicos actuales, ameritan necesariamente una reflexión de tipo ético, dando lugar a la *ecoética*, término definido por primera vez por Ernst Haeckel. Esta ciencia da pie al redimensionamiento de la ética desde los principios de autonomía, respeto, beneficencia y justicia, en el contexto de la reflexión por el medio ambiente desde los principios éticos universales.
- b. Desde los planteamientos de Boff, se observa la importancia de desarrollar una comprensión interdisciplinaria de las ciencias humanas y de su actitud frente a la naturaleza: se trata de una actitud que sin desconocer los logros y avances del pasado, necesariamente debe pensar en prospectiva, evitando los inmediatismos y desde una visión de totalidad, que no resulta de adicionar las partes, sino de la interdependencia orgánica de todas las cosas que componen el cosmos. Esta actitud ayudaría en gran parte a superar los pensamientos dominantes, demasiado racionales y poco sintéticos, inconexos e incapaces de experimentar y de conocer otras formas de lo que denominamos *la realidad*.

- c. Se esboza la apremiante necesidad de integrar los discursos éticos tradicionales al discurso ecológico, la denominada *ética biocéntrica*, y se constituye como partida para hablar de una ecoética, que dé pie al diálogo ser humano-naturaleza.
- d. En la época contemporánea, se vislumbra la necesidad de una espiritualidad ecológica profunda, como reto urgente que debe partir de la concepción de la espiritualidad como una condición esencial del ser humano en cada época de la historia, así como de la debida rearticulación del ser del hombre en su dinámica paradójica y compleja con el universo. Dicha espiritualidad debe escapar a los fanatismos de muchas religiones que cierran el umbral de su discurso antropológico y teológico, para dar paso a una profunda experiencia de la espiritualidad ligada a la ecología, que se traduce en la vivencia de valores como el amor, la compasión y el respeto hacia la humanidad y hacia todas las creaturas existentes.
- e. Desde los últimos descubrimientos científicos, generados de manera especial en la física cuántica, desde la teoría general de la relatividad y la teoría de los superfilamentos, se plantean serias preguntas al campo específico de la ecoética: desde una concepción estática de una ciencia un tanto ligada a unas reglas “predictivas” que influenciaba discursos éticos estáticos, se debe hacer el tránsito hacia una visión paradigmática y compleja, en donde la posibilidad de que existan otros universos similares al nuestro, nos deja con múltiples cuestionamientos, así como ya ha ocurrido desde hace algunas décadas con temas que atañen a las ciencias y a los enfoques éticos cimentados desde una visión antropocéntrica y no ecocéntrica.
- f. El papel y actualidad de la ecoética se desprenden en gran parte del drama de la crisis ecológica-espiritual actual, así como desde los recientes sucesos ocurridos en el Lejano Oriente: en estos, se refleja la preocupación por el manejo de la energía nuclear, la poca conciencia planetaria frente a los desastres naturales y el tema del caos económico-político que podría ocasionarse si no se asumen dos principios fundamentales dentro del diálogo ser humano-cosmos: el biocentrismo y la ecodependencia.

- g. Se pregona, asimismo, un retorno al *ethos cósmico*, tal como se entiende desde una visión integral ser humano-naturaleza, tal como lo pregonaran grandes figuras espirituales al estilo de Francisco de Asís, quien defendía una visión de la naturaleza y el hombre que reposaba en una especie de “fraternidad universal” de todos los seres que colman el universo.
- h. Por último, la ecoética, en la actualidad, es una esperanza creíble en medio de un continente latinoamericano fuertemente signado por las contradicciones y paradojas económico-sociales y culturales, un continente en donde priman megaproyectos que explotan sin contemplaciones los recursos naturales a manos de empresas transnacionales que deforestan, contaminan y consumen los recursos no-renovables, más aún, que expropián tierras a comunidades nativas y campesinas que se ven obligadas a un dramático desplazamiento y movilidad humana hacia las grandes urbes del continente, aumentando los cinturones de miseria, de desempleo y de indigencia. Ante dichas situaciones, la ecoética se puede constituir en la “voz de la conciencia” de las nuevas generaciones, desde una reflexión ética que nace en la compleja realidad holográfica del hombre en el cosmos.

## Bibliografía

- Barbour, I. (2004). *El encuentro entre ciencia y religión*. Santander: Sal Terrae.
- Begon, M.; Harper, J. L.; Townsend, C. R. (1999). Introducción. En: *Ecología: individuos, poblaciones y comunidades* (3ª ed.). Barcelona: Omega.
- Boff, L. (1996). *Ecología, grito de la tierra, grito de los pobres*. Madrid: Trotta.
- Boff, L. (2000). *La dignidad de la tierra, ecología, mundialización, espiritualidad; la emergencia de un nuevo paradigma*. Madrid: Trotta.
- Boff, L. (2001). *Ética planetaria desde el gran sur*. Madrid: Trotta.
- Boff, L. (2004). *Ética y moral*. Bilbao: Sal Terrae.
- Boff, L. (2006). *Grito de la tierra grito de los pobres*. Barcelona: Trotta.
- Cavallé, M. (2006). *La sabiduría recobrada*. Madrid: Martínez Roca.
- Cely, G. (2007). *Bioética global*. Bogotá: Pontificia Unversidad Javeriana.
- Cely, G. (s. f.). *Reflexiones para elaborar una ecoética*. Recuperado el 14 de abril del 2011 de <http://usmapanama.com/wp-content/uploads/2010/02/06-Reflexiones-para-elaborar-una-Eco%C3%A9tica.pdf>.

- Cely, H. (2005). *Ecología aplicada y desarrollo tecnológico*. s. d.
- Chown, M. (2005). *El universo vecino*. Barcelona: La Liebre de Marzo.
- Dalai Lama (1999). *El arte de vivir el nuevo milenio*. Barcelona: Grijalbo.
- Dobzhansky, T. (1973). Nothing in Biology Makes Sense Except in the Light of Evolution. *The American Biology Teacher* 35 (3): 125-129. Recuperado de <http://www.jstor.org/stable/4444260>.
- Gómez, J. A. (2006a). *El hecho religioso y ¿por qué es religioso el hombre?* Bogotá: USTA.
- Gómez, J. A. (2006b). *Antecedentes de lo religioso en América Latina*. Bogotá: USTA.
- Gómez, J. A. (2006c). *Las grandes religiones hoy*. Bogotá: USTA.
- Haight, J. (2009). *Cristianismo y ciencia*. Santander: Sal Terrae.
- Kung, H. (1992). *Proyecto de una ética mundial*. Madrid: Trotta.
- López, E. (1997). *Desafíos a la ética, tecnología y sociedad*. Madrid: Narcea.
- Mahecha, G. (2010). Aproximación a los rasgos de una espiritualidad ecológica. *Theologica Xave*, 60 (169), junio, Bogotá.
- Margalef, R. (1998). *Ecología* (9ª ed.). Barcelona: Omega.
- Mendieta, R. (2001). *Nuevos paradigmas*. Recuperado el 14 de abril del 2011 de <http://apoteosis.wordpress.com/2008/12/07/el-nuevo-paradigma-parte-i-por-roderiko-mendieta>.
- Molles, M. C. Jr. (2006). *Ecología: conceptos y aplicaciones* (3ª ed.). Madrid: McGraw-Hill.
- ONU (2003). *Año Internacional de Agua Dulce: resolución 55/96 de 2003*.
- Polkinghorne, J. (2000). *Ciencia y teología*. Santander: Sal Terrae.
- Singer, P. (1999). *Liberación animal*. Barcelona: Trotta.
- Sosa, N. (1992). *Ética ecológica*. Madrid: Libertarias.
- Torralba, F. (2011). *El sentido de la vida*. Barcelona: Planeta.